I

La mujer yacía sentada bajo el atrio, con la cabeza medio inclinada sobre las rodillas. Sostenía el mentón sobre el cuenco de ambas manos, y por el efecto de sus cabellos en desorden, lo único que se le veía del rostro eran los ojos. Estos eran de un azul intenso, y estaban sumidos en profunda tristeza. Las lágrimas que habían pasado por ellos, sin embargo, se habían evaporado en el trascurso de la tortuosa espera.

De los dos hombres que arribaron a su encuentro, uno era joven y espigado. La primera impresión que se adquiría al verlo, era que no tenía ningún tipo de experiencia en esta clase de eventos. Esto se notaba en sus mejillas, que habían pasado en pocos segundos, del tono rosa a uno extremadamente pálido. Sus ojos se veían ahora inquietos. Iban del rostro de la mujer a los de su compañero, sin afincarse en ninguno de los dos.

Se quedó inmóvil, este joven policía, frente a la mujer sentada en el atrio, mientras el otro, el policía mayor, que era bajo y de vientre algo esférico, entraba a la casa con un aire de decisión prusiana. No tardaría esta expresión, sin embargo, en disiparse abruptamente.

No habían pasado dos minutos, cuando su figura volvió a recortarse en el umbral. El policía joven no recordaba haber visto a su superior tan pálido como en esta ocasión. Lo sabía un hombre de flema, acostumbrado a desenvolverse en todo tipo de circunstancias adversas; sin nunca trasuntar ningún tipo de aprensión. Pero esta vez… ¿Qué podía haber visto, para que de pronto, su proverbial entereza se viniera de pronto al suelo? ¿Qué escena habían contemplado sus ojos, para que sus ademanes, otrora desenvueltos, se esfumaran repentinamente de su cuerpo y de sus emociones?

El joven se olvidó de pronto de la mujer, y de la obligación que tenía como policía, de custodiarla, para enfilar rápidamente al encuentro de su jefe. Este intento detenerlo, poniéndole una de las manos en el pecho, pero este gesto no fue suficiente para el ímpetu de su juventud. Poseía la curiosidad que dan los pocos años, y este atributo le permitió eludir el brazo que pretendía detenerlo, y de esta forma ingresar en el interior de la casa.

Ahora iba a conocer por fin la causa por la cual la mujer había llamado a la policía. Es más: iba a comprender el motivo por el que la misma estaba sentada en el primer escalón del porche, con la mirada pedida, y sin una mísera fibra de vida latiendo en su interior.

Entrando, lo primero que pudo advertir, fue que estaban todas las luces de la casa encendidas. ¿A que obedecía semejante e innecesario despliegue lumínico? Enseguida obtuvo una respuesta. La misma vino de su propio fuero intimo; de su mente que pareció susurrarle: “Están encendidas, porque así lo ha querido la voluntad de la moradora de la casa. Tal vez piense que, de esta forma, se sentirá menos sola y atemorizada”

La ficción inventada por aquella mujer, no parecía ser otra que la de intentar ahuyentar las sombras que la rodeaban. Pero esta era una empresa bastante difícil de conseguir. La angustia que sentía en el corazón conspiraba contra el desarrollo de la misma. Pero ¿qué era, en tanto, lo que le habían provocado tanto miedo? Qué horror se había gestado allí dentro, que, para intentar disiparlo, la moradora de aquel lugar, parafraseara desesperadamente a Goethe: “¡Más luz!”, parecía decir. Entonces fue que el joven policía vio lo segundo: ¡Sangre! ¡Sangre por todas partes! Tan generosamente distribuida por toda la casa, como la luz. Sangre y cuerpos. Estos, eras tres. Uno correspondía a un hombre de mediana edad. Los otros dos, a un par de adolescentes, ambos de distinto sexo. Todos ellos habían sido acribillados a balazos, sin ninguna piedad, y yacían sin lugar a dudas muertos.